

LA CIVILIZACION DEL CORAZON

5 de Febrero de 2017

Evangelio según MATEO 5, 13-16

Dijo Jesús a sus discípulos:

-Vosotros sois la sal de la tierra. Y si la sal se pone sosa, ¿con qué se salará? Ya no sirve más que para tirarla a la calle y que la pisotee la gente.

Vosotros sois la luz del mundo. No se puede ocultar una ciudad situada en lo alto de un monte; ni se enciende una lámpara para meterla debajo del perol, sino para ponerla en el candelero y que brille para todos los de casa. Empiece así a brillar vuestra luz ante los hombres; que vean el bien que hacéis y glorifiquen a vuestro Padre del cielo.

CONTRA LA CORRUPCIÓN

Con frecuencia saltan a los medios de comunicación casos de corrupción y fraudes escandalosos. Por una parte, la democracia proclama y postula libertad e igualdad para todos. Pero, por otra, un pragmatismo económico salvaje, orientado hacia el logro del máximo beneficio, crea en el interior de esa misma sociedad democrática desigualdad y explotación de los más débiles. Como dice el escritor italiano Claudio Magris, «vivimos la vida como una rapiña». Seguimos defendiendo los valores democráticos de libertad, igualdad y solidaridad para todos, pero lo que importa es ganar dinero como sea. El «todo vale» con tal de obtener beneficios va corrompiendo las conductas, viciando las instituciones y vaciando de contenido nuestras solemnes proclamas.

Se confunde el progreso con el bienestar creciente de los afortunados. La actividad económica, sustentada por un espíritu de lucro salvaje, termina por olvidar que su meta es elevar el nivel humano de todos los ciudadanos.



¿Hay alguna «sal» capaz de preservarnos de tanta corrupción? Se pide investigación y aplicación rigurosa de la justicia. Se piensa en nuevas medidas sociales y políticas. Pero nos faltan personas capaces de sanear esta sociedad introduciendo en ella honestidad. Hombres y mujeres que no se dejen corromper ni por la ambición del dinero ni por el atractivo del éxito fácil.

«Vosotros sois la sal de la tierra». Estas palabras dirigidas por Jesús a los que creen en él tienen contenidos muy concretos hoy. Son un llamamiento a mantenernos libres frente a la idolatría del dinero, y frente al bienestar material cuando este esclaviza, corrompe y produce marginación. Una invitación a introducir compasión en una sociedad despiadada que parece reprimir cada vez más «la civilización del corazón».

“Ustedes son sal de la tierra; la sal sirve para dar sabor; pero cuando la sal se hace insípida, ¿para qué sirve?, ¿para qué sirve una iglesia, un cristiano, cuando su predicación, su ejemplo se ha transformado en un servilismo, en adulación, en quedar bien con todo el mundo? Sal insípida, luz apagada. Qué fácil es estar bien con todo el mundo, pero que ineficaz ser lámpara apagada, ¿para qué sirve? Cada cristiano tiene que ser como una antorcha, y el conjunto de cristianos tiene que ser como una ciudad en la Montaña”

Monseñor Romero

El programa de las bienaventuranzas, del reinado de Dios, ha de necesitar mediaciones históricas para ser llevado a cabo. El evangelio lo tiene bien claro: esas mediaciones son los seguidores de Jesús. Por eso, y tal como lo dice explícitamente el v. 16, corresponde a los discípulos hacer creíble y posible el mensaje de Jesús que apunta y anhela una sociedad nueva.

Las dos comparaciones que nos ofrece el evangelio están en estrecha relación con la última bienaventuranza de Mateo que hace referencia a las persecuciones que los discípulos sufren por causa de Jesús.

El espíritu de las bienaventuranzas, lejos de ser un discurso programático, refleja más bien como es el corazón de Jesús y por lo mismo, el corazón del auténtico discípulo. Por eso "sal" y "luz" no son otra cosa que los discípulos que viven el amor y al estilo de Jesús, es decir, entregándose e implicándose activamente por una sociedad más justa.

PARA REFLEXIONAR

- ¿Cómo entiendo yo ser luz y sal de la tierra?
- ¿Lo soy? De qué manera.



EL CLAMOR DE LOS SIN VOZ

“Quienes viven donde millones de criaturas se encuentran sometidas a condiciones infrahumanas, viéndose prácticamente reducidas a la esclavitud, deberán estar muy sordos para no escuchar el clamor de los oprimidos. Y el clamor de los oprimidos es la voz de Dios. Todo aquel que resida en los países ricos, donde desde siempre y todavía siguen pululando aquí y allá unas zonas grises de subdesarrollo y de miseria, le bastará con que sepa escuchar un poco, para ensordecer con el clamor silencioso de los sin-voz y de los sin-esperanza. Y el clamor de los sin-voz y sin-esperanza es la voz de Dios. Quien haya caído, por fin, en la cuenta de las muchísimas injusticias, consecuencia de la tan desigual repartición de las riquezas, deberá tener un corazón de piedra para no captar la protesta silenciosa o violenta –sin que ésta quede justificada– de los pobres. Y la protesta de los pobres es la voz de Dios”.

Helder Cámara.